

LOS FINES GENERALES DE LA EDUCACIÓN BÁSICA, SEGÚN NEIL POSTMAN.

José Domínguez.

Neil Postman es profesor universitario y presidente del Departamento de Cultura y Comunicación de la Universidad de Nueva York. Entre sus veinte libros se encuentran estudios sobre la infancia (**El fin de la infancia**), la oratoria (**Divertirse hasta morir**), la educación (**La enseñanza como actividad crítica**) y el impacto de la tecnología (**Tecnópolis**). Su interés por la educación es una constante en su carrera que inició como maestro de primaria y secundaria.

En su obra **El fin de la educación. Una nueva definición del valor de la escuela** (Barcelona, EUMO-Octaedro, 1999), Neil Postman presenta los fines de la educación mediante cinco narrativas. Antes de explicitar el contenido de esas cinco narrativas, conviene poner de relieve el propósito de Postman al escribir su libro, para situarlas en su contexto. Cuatro citas nos sitúan en el núcleo de su perspectiva.

“Al dar un repaso a lo que se dice sobre la educación, me encuentro con que la mayor parte de las conversaciones discurre sobre los medios, raramente sobre los fines. ¿Hay que privatizar las escuelas? ¿Es conveniente tener unos estándares de evaluación nacionales? ¿Cómo deberíamos usar el ordenador en la escuela? ¿Qué uso podemos dar a la televisión? ¿Cómo hay que enseñar a leer?. Y así sucesivamente. Lo que todas estas preguntas tienen en común es que evaden la cuestión fundamental: para qué son las escuelas. Es como si fuéramos una nación de técnicos expertos, sumamente capacitados para hacer algo, pero aterrorizados ante la perspectiva de preguntarnos la razón de hacerlo”. (o.c. p.10).

“Escribo este libro con la esperanza de desplazar –aunque sólo sea mínimamente- la definición del “problema de la escuela”, desde los medios a los fines. La palabra “fin” tiene, al menos, dos significados igualmente importantes: el de “propósito” y el de “final”. Ambos pueden ser de aplicación al futuro de la escuela, dependiendo de que seamos o no capaces de iniciar un diálogo serio en torno al propósito. Al darle a este libro un título deliberadamente ambiguo, he pretendido señalar que, sin un propósito trascendente y honoroso, la escolarización tocará a su fin y, puestos a ello, cuanto antes mejor. Dotada, en cambio, de un propósito de estas características, la escuela se convierte en la principal institución a través de la cual las generaciones jóvenes puedan encontrar razones para continuar educándose a lo largo de toda su vida” (o.c. pp. 10-11).

“Las cuestiones de ingeniería educativa, que tratan de la eficacia en la prestación de los servicios escolares... apenas rozan la cuestión fundamental de para qué sirven las escuelas. Sin duda tiene su importancia que los padres puedan elegir la escuela para sus hijos, que las escuelas sean más pequeñas, que se reduzca el tamaño de las aulas, que se disponga de más recursos económicos para contratar a más maestros, o que algunos alumnos reciban ayudas que les permitan asistir a escuelas privadas. Pero todo ello sigue dejándonos con la pregunta fundamental de *¿Por qué? ¿Para qué tanto esfuerzo, tanto debate y tanto gasto? Si se me permite una metáfora, podemos conseguir que los trenes lleguen a su hora, pero si no van a donde queremos que vayan, ¿para qué tanto esfuerzo?*” (o.c. pp. 77-78).

“Mi intención con la presente obra consiste en dar respuesta a esa pregunta con cinco narrativas que, cada una por su lado, contienen suficiente resonancia y fuerza para poder ser tomadas como razones para la escolarización. En mi opinión ofrecen orientación moral, sentido de continuidad, explicaciones sobre el pasado, claridad sobre el presente y esperanza para el futuro. Se aproximan, tanto como me resulta posible imaginar dentro del contexto de la escuela pública, al sentido de transcendencia”. (o.c. p. 78).

En el capítulo primero que lleva por título “*Necesitados de dioses*” trata de persuadir a sus lectores argumentando la siguiente tesis: “Para que la escuela tenga sentido, los alumnos, sus padres y sus profesores necesitan un dios al que servir o, aún mejor, varios dioses. Si carecen de ellos, la escuela pierde todo su significado. Aquí viene a colación el famoso aforismo de Nietzsche: “El que tiene un **porqué** para vivir puede soportar casi cualquier **cómo**”. Ello es de aplicación tanto a la escuela como a la vida en general. Para exponerlo con sencillez, no hay mejor medio de poner fin a la escolarización que privarla de todo fin” (o.c. p. 16).

La escolarización plantea dos problemas. **Un problema de diseño**, que es esencialmente técnico; consiste en decidir por qué medios vamos a instruir a los jóvenes; el aprendizaje es un problema complejo e importante que no se puede trivializar. Pero con frecuencia se le da una importancia mayor de la que merece; **un problema metafísico**: cómo la educación puede convertirnos en personas mejores y transformar nuestro mundo; para que ello suceda hace falta una razón; es el problema de los fines (o.c. pp 15-16).

Los fines los aportan las grandes narrativas. “Por medio de la narrativa constantemente estamos creándonos historias y futuros, como quiera que los llamemos. Desprovista de una narrativa, la vida carece de sentido. Sin narrativa, la enseñanza está falta de propósito. **Sin propósito, las escuelas son centros de detención, no de atención.** (El subrayado es mío). Este es el tema de este libro”. (o.c. p. 19).

“Utilizo el término “narrativa” con algunas reservas –pero básicamente con convicción- como sinónimo de *dios* con *d* minúscula. Soy consciente de que hacerlo es arriesgado, no sólo porque la palabra *dios*, portadora de un aura sagrada, no debe ser usada en vano, sino también porque evoca determinada imagen mental. Sin embargo, el propósito de este tipo de imágenes es precisamente el de enfocar la mente hacia una determinada idea y, en cuanto a mí me interesa, hacia una determinada historia. No cualquier tipo de historia, sino una que hable de orígenes y plantee un futuro, una historia que construya ideales, prescriba reglas de conducta, proporciones una fuente de autoridad y, sobre todo, confiera un sentido de continuidad y propósito. Un dios, en el sentido que empleo la palabra, es el nombre de una gran narrativa, dotada de suficiente credibilidad, complejidad y poder simbólico, como para permitirnos organizar nuestra vida en torno a ella”. (o.c. pp. 16-17).

“Existen narrativas capaces de aumentar el valor de la vida y del aprendizaje a condición de que les prestemos suficiente atención. Se trata pues de dioses a los que servir, que, además, sirven” (o.c. p.18).

“No obstante, mi intención no es enterrar o ensalzar dios alguno, sino proclamar que no podemos pasar sin ellos; afirmar que, sea cual fuere el nombre que nos demos,

somos una especie que fabrica dioses. Nuestro genio radica en la capacidad para generar sentido mediante la creación de narrativas que otorguen significado a nuestras dificultades, exalten nuestra historia, eluciden el presente y confieran dirección a nuestro futuro. Para funcionar, no es preciso que tales narrativas sean “verdaderas” desde el punto de vista científico. Muchas narrativas que perduran en el tiempo incluyen detalles sobre los hechos que resultarían falsos desde la observación factual. El propósito de una narrativa es otorgar sentido al mundo, no describirlo científicamente. La medida de la “veracidad” o “falsedad” de una narrativa estriba en sus consecuencias”. (o.c. p. 18-19). Esta clase de narrativa aparece bajo múltiples denominaciones: “mito” (Joseph Campbell y Rollo May), “ilusiones” (Freud), “ideología” (Marx).

Durante siglos y hasta nuestros días, las narrativas judías, cristianas e islámicas han proporcionado razones y fines a la escolarización. A partir del siglo XVI hasta hoy, a medida que avanza el proceso de secularización y muchos pierden la fe en Dios, surgen nuevas narrativas y nuevos dioses que ejercen su soberanía durante más o menos tiempo hasta que decaen y son sustituidos por otros.

Postman pasa revista a las diferentes narrativas y dioses que han proporcionado razones y fines a la escolarización en general y a la estadounidense en particular: la ciencia, la tecnología, la democracia, la libertad, el crisol de culturas, el pluralismo cultural muy diferente del actual multiculturalismo fundamentalista, la ética protestante de inspiración calvinista, el Credo estadounidense. También menciona las tres narrativas catastróficas del siglo XX: el comunismo, el nazismo y el fascismo. “Thomas Jefferson, el Moisés del gran dios de la democracia, que participó en la escritura de esa historia, sabía para qué servían las escuelas: para asegurar que los ciudadanos supieran cuándo y cómo defender la democracia. Nunca se le hubiera ocurrido a un hombre así, a diferencia de lo que ocurre con los líderes políticos de hoy en día, que había que enseñar a leer a los jóvenes con el único propósito de aumentar su productividad económica. Jefferson tenía un dios mucho más profundo a quién servir” (o.c. p 25).

“¿Qué sucede con las personas que carecen de dioses a los que servir?. Algunas se suicidan...Otras se refugian en las drogas incluyendo el alcohol. Otras buscan consuelo en la violencia gratuita. Otras se encierran en el más impenetrable egoísmo. La mayoría encuentra, al parecer, un refugio pasajero a su pánico en creaciones comerciales de narrativas poderosas de antaño”. (o. c. p. 24).

“Lo que hace que las escuelas públicas sean públicas no es tanto que las escuelas tengan objetivos comunes, como que los tengan sus alumnos. La razón estriba en que la educación no sirve a un público, sino que lo *crea*... La cuestión no es ¿crea la escuela pública un público o no lo crea? Sino, ¿ qué clase de público crea la escuela pública? ¿Un conglomerado de consumidores autoindulgentes? ¿Masas airadas, sin alma, carentes de dirección? ¿Ciudadanos confusos o indiferentes? ¿O un público imbuido de confianza, sentido del propósito, respeto por el aprendizaje y la tolerancia?. La respuesta a esta cuestión no tiene nada que ver con ordenadores, tamaño de las clases, u otros detalles de la gestión de las escuelas. La respuesta adecuada depende de dos cosas y sólo dos: la existencia de narrativas compartidas y la capacidad de estas para ofrecer una razón elevada para la escolarización” (o.c. p. 30).

En el capítulo 2, que lleva por título *“Algunos dioses que no funcionan”*, Postman pasa revista a los dioses que tuvieron vigencia pero están en declive. Darwin empezó el gran asalto a los dioses, al defender que lejos de ser hijos de Dios, somos hijos de los monos. Marx destronó el dios del nacionalismo. Freud, destructor de dioses, destronó el gran dios de la razón como un impostor y el córtex resultó no ser más que el sirviente de la genitalidad, destruyó el mito de la inocencia infantil y argumentó que nuestra creencia en deidades es una ilusión infantil y neurótica. Nietzsche, antes de volverse loco, proclamó que Dios está muerto. Tal vez quería decir que los dioses estaban muertos. Si es así, se equivocaba, porque en el siglo XX surgieron el comunismo, el nazismo y el fascismo, que tuvieron un reinado fuerte sobre las escuelas en algunos países, aunque efímero. Einstein devastó el dios de la ciencia de Newton. Fukuyama asegura en **El fin de la historia** que la gran narrativa de la democracia liberal (léase “neoliberalismo liberal”) ha triunfado finalmente, poniendo fin a la dialéctica de la historia. Postman continúa criticando la economía de mercado, el dios de la utilidad económica y el dios del consumismo.

En el capítulo 3 que lleva por título *“Algunos dioses nuevos que tampoco funcionan”*, critica el dios de la tecnología y, especialmente, las tecnologías de la información y de la comunicación y el dios del “multiculturalismo” y del “currículo multicultural”, que desemboca en la privatización total de la escuela y en la desintegración de la sociedad.

En el capítulo 4, que lleva por título *“Dioses que podrían funcionar”* presenta cinco narrativas que pueden proporcionar sentido a la educación. En la segunda parte del libro, dedica un capítulo a cada una de las cinco narrativas, que son las siguientes:

(I).-La nave espacial Tierra: La “narrativa... de la Tierra como nuestra única e irreplicable nave espacial”... nos obliga a “sentirnos comprometidos a preservar el planeta” (o.c. p.81). “Se trata de un relato de interdependencia y cooperación global, de aquello que constituye el núcleo de la humanidad” (o.c.p. 82). “Una narrativa de un potencial extraordinario: la historia de los seres humanos como cuidadores de la Tierra, responsables de una vulnerable cápsula espacial”(o.c.p.80). **Finalidad general:** *La educación debe convertirnos en cuidadores responsables del planeta Tierra y de la humanidad que lo habita*

(II).- El ángel caído. Postman aprovecha esta metáfora religiosa para construir una narrativa, que expresa poéticamente otra gran finalidad de la educación básica. La “caída” simboliza todos los errores y equivocaciones del **Homo Sapiens** como especie. El “ángel caído” simboliza a todos y a cada uno de los seres humanos, que cometemos equivocaciones y errores individuales y colectivos. El hombre sigue siendo “ángel”, es decir, capaz de corregir sus errores y equivocaciones. **Finalidad general:** *los alumnos deben reconstruir el conocimiento científico como un pensamiento crítico, que rechaza todos los dogmatismos, no como un producto terminado absolutamente cierto, sino como un conjunto de verdades y certezas parciales y relativas, indefinidamente perfectibles, y frecuentemente mezcladas con errores y equivocaciones; asimilar las ciencias como las historias de las progresivas correcciones de los errores humanos y el método científico como “un método destinado a corregir errores”* (o.c. pp. 83-86), promoviendo un sano y creativo escepticismo, que es algo muy distinto del cinismo; eliminando el modelo hegemónico de alumno “como muñeco de ventrílocuo” y

preparando a los alumnos para participar en la “Gran Conversación” de la ciencia (O.C.P. 145).

(III) El experimento estadounidense. “Estados Unidos fue la primera nación que haya nacido jamás del debate” (o.c. p.89). “¿Puede una nación formarse, mantenerse y preservarse, partiendo del principio del debate continuo?” (o.c.p.89). La historia de los Estados Unidos con sus luces y sus sombras, con sus aciertos y equivocaciones, con sus discrepancias y sus debates demuestra que sí y constituye “una bella y noble narrativa” que se puede “ofrecer como razón para la escolarización”. “El verdadero inicio de la historia se produce con una serie de preguntas asombrosas y peligrosas. ¿Es posible un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo? y, ¿cómo debería gobernarse a sí mismo? y, ¿cómo podríamos defender al individuo del poder del pueblo? y, para empezar, ¿por qué razón habríamos de hacer todo eso?” (o.c.p. 88). “La Constitución estadounidense no es un catecismo, sino una hipótesis. No es tanto la ley de una nación, como la expresión de su composición, tal y como está siendo entendida por generaciones sucesivas” (o.c.p. 89). **Finalidad general:** *formar ciudadanos para que se incorporen al experimento democrático estadounidense, para perfeccionar su democracia mediante el debate continuo.* Ampliando la narrativa al surgimiento y desarrollo de todas las democracias y a las actuales aspiraciones democráticas de los países y de los movimientos altermundistas, podemos convertirla en una finalidad universal de la educación básica: **formación para la ciudadanía política mundial.**

(IV) La ley de la diversidad. La uniformidad es enemiga de la vitalidad, de la creatividad y de la excelencia. “Cuando un sistema no recibe nada nuevo y distinto del exterior se produce el estancamiento” (o.c. pp. 94-95). “Cuando las diferencias son escasas o inexistentes... no es posible desarrollar estándares elevados de excelencia” (o.c. p. 96). “El concepto de diversidad proporciona una rica narrativa alrededor de la cual se puede organizar la escolarización de los jóvenes” (o.c. p.92). Tenemos “necesidad de dotarnos a nosotros mismos, y especialmente a los más jóvenes, de una narrativa englobadora que sepa hacer uso constructivo y unificador de la diversidad” (o.c. p. 94). Afortunadamente tal narrativa existe. Tiene un componente teórico y otro práctico. La segunda ley de la termodinámica establece que la entropía tiende inexorablemente hacia la anulación de las diferencias, hacia la igualación. Cuando la materia alcance el estado de no diferenciación dejará de haber energía utilizable. Pero en el universo también “existen fuerzas neguentrópicas que retardan la igualación y mantienen las cosas en movimiento” (o.c. p. 94). Lo mismo ocurre en las sociedades y culturas humanas. Postman constata la ley de la diversidad en la diversidad intrínseca del inglés, en la diversidad de religiones existentes en los Estados Unidos, en las costumbres ligadas a las distintas etnias y culturas, en el arte y en las creaciones artísticas. La constatación de la diversidad y de sus consecuencias y de la uniformidad y de las suyas se puede ampliar al mundo entero y fundamentar una finalidad general de la escolarización realmente universal. Esa **finalidad general** se puede describir así: *la escolarización y la educación básica deben lograr un equilibrio entre la unidad y el pluralismo. Deben construir una alfabetización común y una cultura común, que respeten las diversidades individuales y colectivas, étnicas, culturales, religiosas y políticas existentes en las sociedades mediante el diálogo intercultural.* Esto implica evitar dos extremos: utilizar las diferencias étnicas, culturales y similares para elaborar currículos de ajuste de cuentas que estimulen a los grupos que se consideren agraviados

a reivindicar constantemente más atención y reconocimiento (o.c. p. 92); imponer currículos uniformes desde la cultura hegemónica.

(V) Tejedores de palabras, hacedores del mundo. Nuestra capacidad de hablar es la que nos hace humanos, cosa que nunca debíamos olvidar (o.c. p. 99). “El mundo que imaginamos es un producto del modo en que lo describimos. Cuando construimos una frase, creamos un mundo; lo organizamos, haciéndolo manejable, comprensible y utilizable” (o.c. p. 101). Los humanos utilizamos el lenguaje para crear el mundo y para transformarlo y somos transformados por nuestra propia invención. La historia del lenguaje está llena de misterio. “Nadie es capaz de asegurar cuando empezó a hablar la especie humana ni por qué...Algo le ocurrió a nuestro cerebro que generó en nosotros la necesidad de transformar el mundo mediante símbolos. Nos convertimos en creadores de símbolos por alguna razón que sigue perteneciendo al reino del misterio (o. c. p. 100). “La historia no acaba con la invención del lenguaje. Continuó desarrollándose con giros fantásticos a medida que los humanos inventaban lenguajes adicionales para ampliar su capacidad: ideogramas, escritura fonética, luego la imprenta, más tarde el telégrafo, la fotografía, la radio, la televisión, el ordenador, inventos que transformaron al mundo, fraccionándolo, encuadrándolo, expandiéndolo y reduciéndolo... Somos hacedores del mundo y tejedores de palabras. Eso es lo que nos hace a la vez listos y tontos, morales e inmorales, tolerantes e intolerantes. Eso es lo que nos hace humanos” (o.c. p. 104). “Al cambiar nuestra habla, cambiarán nuestros gustos, nuestras tendencias políticas, nuestras pasiones, nuestro sentido de la belleza e incluso nuestras lealtades” (o.c. p. 102)”. ¿Nos alejarían tales cambios de nuestros padres, de nuestros parientes, de nuestros amigos? ¿Acaso hay algo censurable en pertenecer a la “clase obrera?” ¿”Con qué nuevos prejuicios debemos sentirnos cómodos y cuáles debemos despreciar?” (o.c. p. 103).

La educación debería girar en torno a esta gran narrativa de la historia del lenguaje, de la creación del mundo lingüístico-simbólico con sus múltiples lenguajes adicionales y complementarios, de la reconstrucción del mundo exterior mediante el mundo lingüístico-simbólico. La **finalidad general de la educación básica:** *conocer y comprender esta gran narrativa, comprender la transcendencia del lenguaje humano y lograr la máxima competencia lingüística posible en los distintos lenguajes complementarios: ordinarios, formales, científicos, informáticos, audiovisuales.*

Si los responsables de las políticas educativas en el M.E.C., en las Consejerías de Educación, en los Partidos Políticos y en el Parlamento leyeran detenidamente la meditación de Neil Postman sobre los fines de la escolarización y la convirtieran en una meditación personal, descubrirían que la mayoría de sus propuestas sobre los medios para mejorar la calidad de la educación, eliminar el fracaso escolar y garantizar el éxito a todos los educandos carecen de sentido para los alumnos, los padres y los ciudadanos en general, son barcos a la deriva, sin rumbo y sin brújula, son trenes que nunca llegarán a las estaciones deseadas.

José Domínguez.